

claire et précise des mouvements du coeur; or dans ce genre on n'émeut que par la clarté¹³.

Esa otra poesía, puro canto, expresión conmovedora y exacta de la emoción, modo de narración más conciso que la prosa, y de asiento tenaz en la memoria, fue escasamente conocida en España después del *Poema del Cid* y las desnudas baladas asonantes del *Romancero*.

El metro épico, como en Homero, sirve para cantar o para mantener despierta la memoria. La buena poesía es más concisa que la prosa. En España, «poesía» ha significado a menudo una manera de expresión difusa. España no jugó papel alguno en la poesía del siglo XIX y, a excepción de Galdós, uno mínimo en la literatura de ese siglo y en el pensamiento y la literatura del dieciocho. Goya fue su mayor inteligencia.

Pope reaccionó contra el isabelismo inglés, y provocó a su vez una contrarreacción. Francia fue capaz de prorrogar un movimiento que empezó, posiblemente, al sur de los Pirineos.

IV

La sátira de Quevedo incluye a *Les Précieuses Ridicules* («Mujeres Cultas y Hembrilatinas»); y cualquier estudio de la España del diecisiete debe subrayar hasta qué punto los franceses tienen una deuda con los españoles, y debería aclarar que los laureles últimos de la literatura van a parar al país *absorbente* y no al *excluyente*. España empezó lo que Francia continuó. España se quedó atrás. Pienso que España quedó atrás cuando dejó de ingerir las ideas y las formas de sus vecinos. Un polen semejante ha de ser transportado de un lugar a otro.

Inglaterra es la gran absorbente y ha producido la literatura más brillante, quizás del mundo. Francia estuvo por delante de ella en el diecinueve. Es posible que Francia haya estado por delante durante al menos tres largos períodos. Voltaire fue uno de los escasos continentales con ingenio suficiente como para empaparse de inglés. Es posible que Heine aprendiera algo de Dorset y Rochester.

En España, el primero después de Quevedo en alzar los ojos por encima de los Pirineos fue Campoamor; Galdós fue el primero en ponerse a

¹³ La poesía, con sus comparaciones obligadas, su mitología ni tan siquiera creída por el poeta, su dignidad de estilo a lo Luis XIV y todo el aparejo de sus ornamentos llamados poéticos, está muy por debajo de la prosa si de lo que se trata es de dar una idea clara y precisa de los movimientos del corazón; en tal género no emocionaremos sino gracias a la claridad. (N. del T.)

la altura del resto de Europa; quizás un poco por delante del resto en el comienzo de *Lo prohibido*. (No debería citar a D'Annunzio como modelo, pero es argüible que su imponente trayectoria nace de sus lecturas de Browning, aparte sus conocimientos de literatura extranjera, superiores a lo que era costumbre hace veinte años).

V

El estudio de la literatura del pasado está plagado de trampas y dilemas espinosos. Si el lector se enfrenta a las obras completas de no importa qué autor le esperan horas de aburrimiento, y no le queda tiempo para un examen más amplio, o para leer las obras maestras de épocas diversas. Sin embargo, si lee sólo los libros típicos jamás podrá hacerse una idea del «espíritu de una época» o juzgar los vuelos del genio poético, o darse cuenta de qué manera (y por qué) un autor concebía parte de su trabajo en relación con el resto.

La *Quaestio de Aqua e Tierra* no tiene mayor importancia, excepto en tanto que obra de Dante, y como texto que nos da un punto de referencia, en prosa, desde el cual poder calibrar la calidad de su mente.

La leyenda afirma que Petrarca, persona poco satisfactoria, creyó que su *África* le aseguraría la inmortalidad; al juzgar a Quevedo, debemos preguntarnos seriamente si se tomaba en serio su verso, sus escritos cómicos o su obra llamada «seria». Está muy bien decir que «todo lo que buscamos en Quevedo está contenido en unos cuantos poemas y unos cuantos chistes»; es muy posible que no haya hecho otras contribuciones a la literatura internacional; sin embargo, a pesar de la alegría que nos produce desenterrarlo, debemos preguntarnos si este versificador de segunda o tercera categoría se consideraba un satírico, un poeta derivativo o un moralista serio. *Tacaño* está mejor escrito que el verso, pero el *Job* está mejor escrito que *Tacaño*. El siguiente pasaje despierta muchas especulaciones.

Murió Job el día 10 de mayo, según el calendario romano; empero, según el menologio de los griegos el 6. Qué fue santo, Dios lo dijo; que fue poeta, nadie lo duda; que fue rey, muchos graves autores afirman, otros lo niegan. El doctísimo cardenal Cayetano se empeña más en esto que todos; y afirma que de sus palabras se colige, cuando dijo de sí, capítulo 29, v. 25: Cumque sederem quasi Rex, circumstante exercitu. Colige que si lo fuera, no lo dijera de sí que á la manera de rey se sentaba. Olvidósele lo que dice de sí, capítulo 19, verso 9: Abstulit coronam de capite meo: «Quito la corona de mi cabeza». Si repara en el que el texto sólo dice que fue varón grande entre los orientales, y que contan-

do su grandeza, sólo dice ganados y posesiones y familia, no vasallos, ni ciudades, ni reino; y si trujera a cuestión si el reinar entonces se había introducido, aún diera alguna fatiga la respuesta. Empero llamándole rey Los Setenta y muchos padres, con tan leve fundamento sobrada solución tiene.

Debemos recordar que dos de los tres volúmenes de que consta la obra de Quevedo en la *Biblioteca de Autores Españoles* se ocupan principalmente de asuntos morales, políticos y religiosos. *Discursos Ascéticos y Filosóficos*, *La Cuna y la Sepultura*, *Constancia y Paciencia del Santo Job*, *Homilía sobre la Santísima Trinidad*, *Introducción a la Vida Devota*.

Los asuntos de que tratan tales discursos son de un aburrimiento mortal, y nadie tiene por qué esforzarse en leerlos; pero cualquiera que quiera comprender a Quevedo o a su época debe darse cuenta, por poco que lo intente, de que tales escritos existen; debe darse cuenta de que tales eran los asuntos que ocupaban la atención de un hombre del diecisiete en lugar de los problemas económicos, el psicoanálisis, el control de la natalidad, los problemas sociales, etc., que nos ocupan ahora.

Es conveniente que el editor redacte una introducción; de otro modo, el lector de Voltaire y Bayle, al pasar las páginas, sospechará que un parpadeo irónico se oculta bajo la insípida superficie.

«Job murió el diez de mayo...», etc.

Esta frase es muy valiosa para el estudiante del progreso del pensamiento europeo. La claridad de la prosa es lo que importa, pues cuán a menudo hemos admirado a los prosistas franceses del XVIII sin darnos cuenta de la cantidad de trabajo que sus predecesores españoles les habían ahorrado. Permítaseme repetir que la deuda dramática, tal y como indica el propio argumento de *Le Cid*, ha sido reconocida con frecuencia, pero que la deuda en la prosa es probablemente mayor.

Un mero vistazo superficial a las obras serias de Quevedo debería convencernos del disparate que representa estudiar literatura parroquia por parroquia; y debería darnos una idea de cuánto duró la capacidad española para despertar en el plano intelectual. Gracias a Don Quijote se arrojaron fardos de novelas de caballerías a la pira; pero la siguiente etapa, la segunda gran limpieza fue obra de Francia. España no produjo ningún Bayle ni ningún *Diccionario Filosófico*. Lo que Cervantes hizo en el siglo XVII en el ámbito español, lo hizo Voltaire en el dieciocho en el francés (utilizando a veces imprentas holandesas, escribiendo en cortes extranjeras o en su retiro suizo, y asentándose, en parte, sobre cimientos ingleses).

Del mismo modo que uno debería leer unas cuantas páginas de Montemayor para comprender cabalmente el Quijote, es preciso dedicar media hora a *Constancia y Paciencia del Santo Job* si uno quiere sacarle todo

su sabor a las páginas que Voltaire dedica a Ezequiel. Quevedo vivió en una época en que Cayetano, blanco de los ataques de Bayle y Voltaire, era tomado en serio. Y cualquier definición de Quevedo ha de explicar que se trataba de una inteligencia excepcional trabajando en una época muy determinada.

Sus propios intereses, sus intereses principales, se centraron, al parecer, en asuntos que ahora consideramos «obsoletos»; en cualquier caso, su estilo es digno de elogio, y la mirada se detiene con más placer en *Job* que en *Tacaño*.

VI

Los documentos relativos a la vida de Quevedo han sido reunidos con gran acierto con el volumen 48 de los Autores Españoles:

Quevedo fue bautizado el 26 de septiembre de 1580; se matriculó en la Universidad de Alcalá de Henares en 1596-97, donde permaneció hasta 1600, y donde, según sus propias palabras, enseñó filosofía y teología. En 1607 cruzó aceros con el capitán Rodríguez, con el que estableció posteriormente una gran amistad.

Emprendió varios viajes, y estuvo al servicio del Duque de Osuna, permaneciendo en Nápoles y viajando primero a Roma y luego a Venecia. En 1617 el Rey de España le recibió en audiencia privada para discutir asuntos diplomáticos relativos al Adriático. El espía principal del Duque informa de la llegada de Quevedo con los documentos de la embajada el 11 de junio de 1617.

A ello sigue la conspiración francesa para prender fuego al arsenal veneciano, y Quevedo es enviado para hacer averiguaciones.

Fue arrestado el 8 de julio de 1621, retenido bajo orden del rey, liberado el 6 de septiembre y enviado luego al exilio.

El poema de Lope contra los enemigos de Quevedo data de su enemistad con los Montalbán. Quevedo contrajo matrimonio en 1636 con Esperanza de Aragón y la Cabra, hermana del obispo de Barbastro, ocho meses más tarde hubo de partir para resolver algunos asuntos urgentes, y los satíricos citaron el menosprecio de las mujeres en su *Brutus* como prueba de que la unión no era feliz.

Fue hecho prisionero en 1639, fecha en la que declara tener 71 años, edad incorrecta a menos que asumamos que fue bautizado cuando tenía 12 años o que se había casado cuando tenía 65. Fue arrestado en una fría noche de diciembre, y corrió el rumor de que iba a ser decapitado.

Expulsado de la jurisdicción de Torre Abad en 1643, presenta una memoria en la que declara haber estado tres años prisionero sin saber

la razón. Llevado a Madrid en julio de ese mismo año. Se suceden testamentos, codicilos, y un certificado de defunción fechado el 8 de septiembre de 1645; la causa, un abceso en el pecho, contraído en prisión.

Los documentos han sido cuidadosamente ordenados y el material está maduro para el que quiera hacer de biógrafo; el asiduo Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, que ha hecho todo el trabajo sucio, introduce el vol. 78 con un ensayo biográfico, pero por desgracia pertenece a la escuela pre-realista. Todo son asombros y elogios, Quevedo era un fénix, un genio, etc.

Pobre Quevedo, tan pronto arriba como abajo, profesor, diplomático, duelista, vagando de prisión en prisión, casado con la hermana de un obispo a los 59 años de edad...; este hombre ofrece todos los ingredientes necesarios para un estudio tragicómico de la condición humana.

Huyó con la mujer de un compañero de estudios, hirió a este último en duelo, y fue salvado de la pena capital por una amante del rey, en una suerte de prefacio a las numerosas riñas que jalonan su vida.

Pero Guerra y Orbe escribe con el estilo florido de un hombre insulso que no se da cuenta de que el asunto de su crónica es lo bastante bueno como para caminar por sí solo, sin que vengan festones verbales a embellecerlo.

Es incapaz de mencionar un «drama improvisado pocos días antes» sin añadir que ha sido «perdida en este siglo, lastimosamente para las letras».

Lo que es una frivolidad.

Un destello de genio puede producir un poema casi al instante... si el tema ha fermentado adecuadamente en la mente de su autor. Pero cualquier drama improvisado para una función social no es una pérdida para los siglos. Su posible gloria reside tan sólo en que consiga ser el éxito de la noche. La figura de un hombre constantemente enredado en problemas por culpa de su franqueza inspira simpatía, y el gobierno debía de ser tan corrupto que después de un salto de tres siglos nos llevaría muchos años de estudio determinar si la sátira de Quevedo era justa o exagerada; desde luego, no fue un hombre prudente, y sus acciones están a medio camino del heroísmo y la fanfarronada.

En cualquier caso, haría falta un biógrafo bastante más severo que Orbe para convencernos de que Quevedo era un compuesto en bruto de todas las noblezas; valiente, aventurero, galante, esto, al menos, los más críticos y menos compasivos han de reconocérselo. De expresión clara, era dueño de una buena prosa, y había vivacidad en algunos de sus versos. Como en: